

Elecciones Presidenciales en El Salvador, derrota histórica de la derecha neoliberal La izquierda ofrece gobierno concertador

Por Marcos Rodríguez y Alberto Enríquez Villacorta

En las elecciones más concurridas de la historia de El Salvador (más de 60% de participación), el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, principal partido de izquierda, y su fórmula presidencial integrada por el periodista Mauricio Funes, candidato a la presidencia y por el ex comandante guerrillero Salvador Sánchez Cerén, candidato a la vicepresidencia, consiguieron el pasado domingo 15 de marzo, una victoria sin precedentes en el país, que incorpora a El Salvador a la tendencia de cambio político que desde hace aproximadamente una década, se viene desarrollando con distintas modalidades en América Latina.

Después de un conteo de votos sorprendentemente rápido y rodeado de un ejército de observadores internacionales y rumores de fraude, a las 9:30 de la noche del mismo día de las elecciones, el Tribunal Supremo Electoral daba como ganadora a la fórmula presidencial del FMLN, que obtuvo el 51.3% de los votos válidos, frente al 48.7% que sumó la candidatura del partido conservador ARENA. De esta manera, a 17 años de los Acuerdos de Paz (enero de 1992), que fueron firmados también por un gobierno de ARENA y el FMLN, se produce el relevo político nacional que instala en el poder al partido que fue uno de los principales movimientos guerrilleros de América Latina en la década de los 80 del siglo pasado.

El triunfo de la izquierda no es extraño si se considera que en las numerosas elecciones que se

celebraron a lo largo de los 17 años que nos separan de los Acuerdos de Paz, el FMLN incrementó constantemente su votación, llegando a igualar desde el año 2000 el caudal de votos parlamentarios de ARENA y a gobernar en lo local, a más de la mitad de la población del país, incluyendo la capital, San Salvador. Pero las elecciones presidenciales eran ganadas invariablemente y con considerable margen por el partido ARENA, al punto que El Salvador se había convertido en una especie de modelo en la región de cómo establecer un sistema de gobernabilidad democrática que aseguraba la hegemonía de un partido conservador y neoliberal en el poder. Esta aparente contradicción entre los resultados electorales presidenciales y los parlamentarios, se explica, principalmente, porque ARENA resultaba considerablemente más exitosa en la construcción de alianzas políticas y sociales, sin subestimar la presencia de otros factores como el dominio mediático, el control de los principales mecanismos electorales, la influencia favorable de los gobiernos conservadores de los Estados Unidos y la estrecha cooperación de las cúpulas empresariales del país.

Pero en esta oportunidad, el comportamiento del FMLN fue diferente, ya que aparentemente comprendió que su capital político no era suficiente para ganar las elecciones presidenciales sólo y eligió sumar adhesiones mediante la selección de una personalidad pública que, aunque de izquierda, era en el imaginario social lo suficientemente

independiente y prestigiosa, como para disputarle a la derecha el apoyo de ese tercer grupo de electores, que anteriormente la había apoyado en las presidenciales, pero no así en las elecciones para diputados.

No hay que perder de vista, sin embargo, que si el FMLN tomó la decisión de llevar a Mauricio Funes como candidato a la presidencia también ha apostado a garantizar su influencia en el Poder Ejecutivo, incorporando a uno de sus principales dirigentes partidarios en la fórmula presidencial, el ex Comandante “Leonel González”, quien fuera miembro de la Comandancia General del FMLN y secretario general de su principal organización político militar, las Fuerzas Populares de Liberación –FPL– “Farabundo Martí”.

Este cambio de estrategia por parte del FMLN, manifiesta en la figura multiplicadora de su candidato presidencial, aunado a otros factores como el agotamiento de los modelos de desarrollo que imperaron en el país y el mundo desde la década de los 80, el lógico desgaste de la derecha política después de veinte años en el gobierno nacional y la ruptura del bloque de poder -que se evidenció en el desafío del presidente Saca a los “barones del partido” al intentar afianzar su continuidad mediante la imposición de un candidato presidencial de su propio cuño- logró conformar un bloque de fuerzas progresistas que le agregó 410.064 votos, o sea un 48% más de los que este partido había obtenido en las recientes elecciones parlamentarias.

En este bloque progresista se incluyeron junto al FMLN, el pequeño partido de centro izquierda Cambio Democrático, un nuevo agrupamiento político organizado alrededor de la figura del candidato presidencial (“Los Amigos de Mauricio”), un conjunto de líderes locales de los partidos de centro derecha que no obedecieron a sus cúpulas,

una buena parte de la sociedad civil organizada y sobre todo, un conjunto de votos inorgánicos que, si se atiende a las encuestas, se puede caracterizar como preponderantemente urbano, joven, masculino, de ingresos medios, con relativamente alto nivel educativo y que profesa preferentemente la religión católica.

La derecha, por su parte, peleó también hasta el último momento con todas sus armas. Cambió las reglas electorales y desarrolló en los principales medios de comunicación, una millonaria campaña publicitaria que como nunca antes, difundió el temor al cambio y explotó el desprestigio como herramientas de movilización electoral. Diversos medios locales corrieron la voz que grandes empresas, como la aerolínea Taca, dejarían el país en caso de victoria de la izquierda, que los emigrantes salvadoreños perderían sus permisos temporales de residencia en los Estados Unidos y que el envío de remesas sería bloqueado por el Tesoro americano.

Adicionalmente, ARENA formó también su propia coalición derechista, que se estructuró en torno a la idea de la “defensa de las libertades frente al autoritarismo chavista”.

Adicionalmente, ARENA formó también su propia coalición derechista, que se estructuró en torno a la idea de la “defensa de las libertades frente al autoritarismo chavista” y “la lucha contra el comunismo” como lo reiteró el mismo presidente saliente Antonio Saca, una y otra vez. Esta coalición alrededor de ARENA se conformó con el apoyo de las dirigencias nacionales del tercero y cuarto partidos más grandes del país (Partido de Conciliación Nacional y Partido Demócrata Cristiano)-que incluso retiraron sus propias candidaturas presidenciales-, el de la gran empresa que salió públicamente a pedir el voto contra la izquierda y un voto inorgánico que, a juzgar por las encuestas, se puede caracterizar como proveniente de una población de ingresos muy altos o muy bajos, preponderantemente rural, femenina, de mayor edad, con menor nivel de estudios y que

profesa preferentemente la religión evangélica. Todo esto le sumo a ARENA 429,522 votos, que en casi igual cuantía que el caso de la izquierda, representaron un 50% más que los que había ganado en la elección parlamentaria.

La misma noche de las elecciones, el primer discurso del nuevo presidente electo, Mauricio Funes, abrió ante un país expectante y frente a todos los medios de comunicación nacionales e internacionales, lo que puede ser el comienzo de un segundo ciclo de acuerdos democráticos, tan importante como los que finalizaron el conflicto armado en 1992. En este discurso, con tono conciliador, el presidente electo, invitó a las diferentes fuerzas sociales y políticas a retomar la lógica de los Acuerdos de Chapultepec y a “construir juntos una unidad nacional...que exige dejar de lado desde ya, en este mismo instante, la confrontación y el revanchismo”.

La respuesta al discurso del candidato electo no se hizo esperar. El candidato de ARENA, Rodrigo Ávila, reconoció la victoria de Funes y ofreció una oposición “propositiva y constructiva”. Por su parte, el presidente Antonio Saca, subrayando y devolviendo el gesto conciliador de Funes, señaló que “a partir de hoy le tendemos la mano al nuevo gobierno” y calificó el discurso del presidente electo como “adecuado, digno y magnánimo”. Luego se sucedieron, una tras otra, las declaraciones de los demás partidos políticos y de las cámaras empresariales que se habían comprometido abiertamente con la campaña de ARENA y ahora expresaban su disposición a colaborar con el nuevo gobierno, al tiempo que anunciaban que estarán vigilantes, particularmente, en el “respeto y la defensa de las libertades”.

Las reacciones internacionales frente al Presidente electo también han sido múltiples y positivas, destacando la del gobierno de los Estados Unidos que se manifestó por llamadas telefónicas del presidente Barak Obama y la canciller Hillary Clinton, y la inmediata visita a San Salvador del Subsecretario para Asuntos del Hemisferio Occidental, Thomas Shannon. El mensaje parece ser que el nuevo

gobierno norteamericano está dispuesto a cambiar la política fundamentalista de la administración Bush y establecer relaciones de entendimiento y cooperación con los gobiernos de izquierda de América Latina. Igualmente significativa ha sido la visita de Mauricio Funes al primer mandatario de Brasil, Ignacio Lula da Silva, a solo cinco días de la elección, para agradecerle su “apoyo”, lo cual lo perfila desde ya como uno de los gobiernos con mayor influencia sobre la nueva administración salvadoreña. Esta visita, no deja de alimentar las especulaciones de la prensa sobre las posibles discordias que se pueden producir en el futuro al interior del bloque en el gobierno, entre quienes apoyan el modelo brasileño y quienes prefieren el de Venezuela y al “Socialismo del siglo XXI”.

Junto a las declaraciones que expresan una voluntad de entendimiento inédita, los principales actores políticos, sociales y económicos del país, han comenzado un proceso de recomposición y reposicionamiento ante un escenario que nunca han experimentado con anterioridad pero que parece inevitable. El partido ARENA, se enfila hacia la renovación de su dirección nacional y debate sobre cómo ejercer una política de oposición a la que no está acostumbrado. Aquí se enfrentarán quienes quieren apuntar a una “oposición viril” y quienes temen volver al pasado y prefieren una oposición moderna, que no empuje a una radicalización del gobierno de izquierda. De igual manera, los partidos de centro derecha enfrentan en su interior las consecuencias del apoyo de sus cúpulas al “caballo perdedor” y la evidencia de que no fueron seguidas masivamente por sus bases. Por otro lado, en los próximos días tendrán que definir si forman un bloque opositor de derecha o se abrirán a construir acuerdos bilaterales con el gobierno nacional.

La izquierda por su lado, no está tampoco exenta de conflictos, ya que deberá situarse en una posición de gobierno nacional que nunca ha experimentado y enfrentará, en un contexto de crisis económica, fuertes demandas sociales que son difíciles de conciliar, más aún si no se cuenta con mayoría parlamentaria. De

hecho, la profunda crisis financiera internacional ha comenzado a hacer sentir sus estragos en el país, aumentando el desempleo y reduciendo las exportaciones y las remesas familiares –procedentes principalmente de emigrantes residentes en los Estados Unidos–, que constituyen la principal fuente de divisas del país.

Dicha crisis se suma a los graves problemas heredados de un modelo neoliberal visiblemente agotado y la saliente administración del Presidente Elías Antonio Saca, entre los que destacan la creciente desigualdad, la pobreza, la inseguridad ciudadana y una incipiente y frágil institucionalidad democrática. Estas condiciones y las grandes expectativas generadas en amplios sectores de la población durante la campaña, harán más difícil lo que constituirá el principal desafío del nuevo gobierno: disminuir las grandes brechas sociales y territoriales que han imposibilitado el buen desarrollo del país, activando una lógica de diálogo y concertación que modernice la forma de hacer política.

El Salvador está, sin duda, frente a una nueva oportunidad histórica. Tanto el FMLN como Mauricio Funes están llamados a ser los principales arquitectos de un segundo gran acuerdo nacional, que haga posible que este pequeño país centroamericano, así como constituyó un ejemplo de superación negociada del conflicto armado para sentar bases de la construcción de una sociedad democrática, se convierta ahora en ejemplo de la consolidación de dicha democracia y el impulso de un desarrollo incluyente, dinamizados por una creativa y permanente concertación que permita procesar adecuadamente los intereses, lógicas y contradicciones de las principales fuerzas sociales y políticas. Solo así se podrá ir tejiendo un mejor país y satisfaciendo la demanda del cambio que el 15 de marzo la ciudadanía salvadoreña plasmó en las urnas con tanta esperanza.